

CONVERSACIONES CON
JOSÉ IGNACIO GONZÁLEZ FAUS,
a cargo de JAVIER VITORIA



Diseño de cubierta: Estudio SM

© 2014, José Ignacio González Faus,
Francisco Javier Vitoria Cormenzana
© 2014, PPC, Editorial y Distribuidora, S.A.
Impresores, 2
Parque Empresarial Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
ppccedit@ppc-editorial.com
www.ppc-editorial.com

ISBN 978-84-288-2808-6

Depósito legal: M-33.098-2014

Impreso en la UE / *Printed in EU*

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la Ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de su propiedad intelectual. La infracción de los derechos de difusión de la obra puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos vela por el respeto de los citados derechos.

Clara rima en asonante
con todas las as del alma,
y el romance que me acuna,
el romance que me canta,
el romance con que canto
es el romance de Clara.

*A la memoria del pueblo palestino,
machacado inicualemente por un Israel
que ha vuelto a traicionar a su Dios.*

*Y a todo el «resto de Israel»
que sufre por la vergüenza de su pueblo.*

Somos como esos viejos árboles
batidos por el viento que azota desde el mar.

Hemos perdido compañeros,
paisajes y esperanzas en largo caminar.

Vamos a echar nuevas raíces
por campos y veredas para poder andar
tiempos poblados por los rostros,
los ojos y los labios que gritan LIBERTAD.

Somos como la humilde adoba
que guarda contra el tiempo las puertas del hogar.

Hemos perdido en nuestra historia
canciones y caminos en duro batallar.

Vamos poniendo en las palabras
la fuerza de los labios para poder besar
tiempos futuros y anhelados
de manos contra manos izando la IGUALDAD.

Somos igual que nuestra tierra:
suaves como la arcilla, duros de roquedal.

Hemos atravesado el tiempo
dejando en los secanos nuestra lucha total.

Vamos a hacer con el futuro
un canto a la esperanza para así reencontrar
tiempos que traigan en su entraña
esa gran utopía de la FRATERNIDAD.

JOSÉ ANTONIO LABORDETA

José Ignacio González Faus nació en Valencia en 1933. Jesuita, profesor emérito de teología en Barcelona y en varios países de América Latina. Ex responsable académico del Centro de Estudios «Cristianismo y Justicia», de Barcelona.

–José Ignacio, el próximo mes de diciembre cumplirás 81 años. Has vivido en un largo período histórico, tanto del mundo como de la Iglesia, de cambios acelerados y profundos en lo político, en lo económico, en lo cultural y en lo religioso. En tu «mester de teología» has tocado todos los palos, y eso te convierte en un testigo que ha pensado nuestro tiempo desde la fe en el Dios de Jesús de Nazaret. Conozco de sobra el pudor y la pereza que te provocan este tipo de propuestas biográficas. Temes que solo se escriban para justificación del autor. Y por ello has dejado dicho en papel impreso que si san Pablo escribiera hoy a los romanos o a los gálatas que seguimos siendo, completaría su tesis de antaño y diría que «el hombre no se justifica por sus autobiografías, sino por la fe...». Pues bien, en estos diálogos vamos a tratar precisamente de lo segundo: de la fe; mejor dicho, de tu mirada de fe sobre la realidad. De esa mirada que, jugando con palabras tuyas, yo describiría como «la mirada cariñosa de un pesimista».

1

EL MESTER DE TEOLOGÍA

–Tú perteneces a la generación de teólogos que, tras el Concilio Vaticano II, inició con seriedad la renovación de la teología española. Antes de convertirnos en profesores, vosotros mismos, como indicas en tu libro Confío, tuvisteis que atravesar personalmente un complejo itinerario de deconstrucción del viejo paradigma teológico, que habíais recibido en los años de formación inicial, y de construcción de otro nuevo. Podemos empezar recordando las señales que te indicaron el carácter moribundo, propio de «estrellas muertas» (como le gustaba repetir al recordado Antoni Badía), del viejo paradigma.

–Bien, de entrada agradezco la frase esa de «pensar nuestro tiempo desde la fe en el Dios de Jesús». Me siento bien dibujado en ella. Entendiendo que no se trata solamente de que el tiempo configure mi fe, sino de que también Jesús nos ayude a configurar nuestro tiempo.

Tras esta palabra de gratitud a lo que has dicho, vamos a intentar eludir la autobiografía, que siempre tiene algo de autocontemplación. Pero contando con que, aunque eludamos la autobiografía, hay muchas anécdotas que quizá vale la pena contar: porque lo que he vivido creo que condiciona mucho lo creído y, en mi caso, también la forma de expresar la fe.

Tú preguntabas por las señales de que había que reconstruir y demás. La primera señal creo que pudo haber sido mi propia crisis. Hacia 1958 viví una crisis de fe un poco seria, que, mirada ahora, me parece que podría ser como el germen o el anticipo de lo que luego ha sido no

una crisis, sino una pérdida de fe en muchas gentes de mi generación.

En mi caso, la crisis coexistía con cierta seguridad de la verdad de algunas experiencias espirituales anteriores, y entonces estaba como dividido entre lo que era la crisis de fe y lo que era aquella seguridad experiencial, y eso naturalmente hizo brotar un interés por la teología antes de estudiarla.

–Yo alguna vez he expresado eso diciendo que hubo un momento en mi vida en que yo viví una fe sin teología. Porque la teología era inadecuada para la fe que yo estaba viviendo.

–Pues algo de eso: una fe vivida sin teología a largo plazo acaba necesitando una teología. Y entonces ocurrió que, al venir aquí, a Teología, con toda la ilusión que traíamos, se nos produjo una decepción un poco importante. Ya en la universidad recuerdo a un cura vasco, no sé si era de Bilbao, pero se llamaba José Ignacio Alcorta, y era catedrático de Metafísica, que se dirigió una vez a otro jesuita y a mí, que íbamos a Teología al año siguiente, y nos dijo: «Huy, teología: dialéctica salpicada de citas bíblicas»; y no se me olvida esta frase, porque estaba muy bien dicha. Llegar aquí y ver la distancia entre los problemas, las preguntas y los deseos que tú traías y algunas de las cosas que se explicaban (por poner un único ejemplo exagerado: en la eucaristía, que parece un sacramento importante, pues salía la cuestión de si tú estás detrás de una columna y Jesús en el sagrario, si te ve desde el sagrario o no te ve). Claro, esto era una cosa como para decepcionar a cualquiera. Y esto pasaba en la Dogmática y pasaba en la Biblia. Entre los de mi generación hemos comentado a veces el caso de un profesor que, explicando el libro de Jonás, parecía que

su único interés al explicar este libro era saber si aquel árbol bajo el cual se sentó Jonás era un sicomoro o era un terebinto, y cosas de ese género. Y esto en mi curso, porque luego en los que vinieron detrás de mí, el desengaño y la crisis fueron mucho mayores.

Había clases, unas llamadas de hebreo bíblico, que los alumnos empezaron a llamar clases de cabreo bíblico. Y hay un compañero dos o tres años posterior a mí, un chico bueno, poeta, encantador, que, en un curso sobre los profetas de Israel, levantaba siempre la mano para preguntar y el profesor le decía: «El último día, preguntas el último día»; y cuando llegó el último día, levantó la mano, le dieron la palabra y dijo literalmente: «Padre, alguno de esos señores de los que usted ha hablado estos días, ¿dice alguna cosa que tenga algo que ver con eso de Dios?». Esto para que te hagas una idea de la exégesis que recibíamos nosotros.

En ese sentido, la frase de Antoni Badía me parece afortunada, como tantas otras tuyas, cuando habla de estrellas muertas, porque por un lado estaban muertas, pero por otro lado son estrellas, y lo de estrellas te dice que puede haber otras que son luminosas. Y esto era algo que empezábamos a vivir nosotros cuando comenzamos la teología. Añádele a eso la situación político-religiosa de la España de entonces, con el franquismo; de modo que nuestro estado de ánimo podría describirlo parodiando la frase de que «no sabemos si hay salvación fuera de la Iglesia, pero seguro que hay otra teología fuera de Franco». Así es como empezó la cosa.

—Obviamente, esas señales fueron acompañadas por estímulos teóricos que en aquella época nos llegaban con cuentagotas y en lenguas extrañas para nosotros, pero

que influyeron decisivamente en el proceso de renovación teológica.

–En las crisis, si se buscan, siempre aparecen estímulos teóricos y también prácticos. Recuerdo por ejemplo algún profesor, un buena gente, dialogante, etc., que, aunque él mismo decía: «Yo soy un carca moderado», por lo menos escuchaba y te daba un poco de ánimo. Estímulos teóricos, ya más teóricos, pues era lo que en aquellos tiempos empezaba a nacer: libros de Congar que se traducían, la enorme contribución de editoriales como Estela, etc., cosas de Rahner que circulaban bajo mano y que íbamos traduciendo del francés o como fuera. Recuerdo un libro muy denostado por uno de nuestros profesores: el de la historia de la Trinidad, de De Regnon; pues entonces nosotros decíamos: «Este debe de ser bueno». Total: fuimos estudiando un poco «a la contra»; pero jugando a la contra también se ganan partidos cuando hay ganas. Además, el año que empecé yo Teología comenzaron a enseñar dos profesores jóvenes, Mario Sala y Muñoz Palacios, que te permitían ver otro horizonte y confirmar que las cosas podían ser de otra manera.

Y un último estímulo (este más que teórico es personal también): mis años de teología coinciden casi del todo con el papado de Juan XXIII, quien, evidentemente, era una cosa distinta a lo que había sido lo anterior: su propuesta del *aggiornamento*, o llámalo como quieras, sugería la entrada de aires sanadores en la Iglesia.

Estos serían los estímulos que yo recuerdo. Todos ellos nos salvaron y nos mantuvieron a flote.

–Y tú habías visto filosofía anteriormente...

–Yo estudié Filosofía aquí en Sant Cugat del 55-56 al 58. Luego, mientras revalidaba el título en la universidad

civil, enseñé griego y latín en Raimat (hoy colegio jesuita de Lérida) a nuestros juniors (o estudiantes de humanidades), con lo cual iba y venía con mucha frecuencia, y al acabar la licenciatura civil en Filosofía empecé aquí Teología.

–Te hago la pregunta por si la filosofía que estudiaste en la universidad civil entraba en contradicción con el sistema eclesiástico.

–No. Bueno, en primer lugar asignaturas de filosofía nos las convalidaban prácticamente todas a los que teníamos la licenciatura eclesiástica. O sea, que lo que más hice yo en la universidad fueron las asignaturas de humanidades, Historia, Literatura... A pesar de todo sí asistí algunas veces a clases de Filosofía, pensando luego en la tesina y demás, pero no había demasiado conflicto. El conflicto, si acaso, se percibía, por lo que fui viendo, en muchos alumnos anti-franquistas que ya no eran creyentes: ateos, comunistas, etc.

–Tú mismo has escrito que el primer interlocutor de todo teólogo es de alguna manera él mismo. Jürgen Habermas nos enseñó que los intereses son la guía del conocimiento. Seguro que también en aquella época en que estudiaste teología tuviste intereses personales que guiaron tu búsqueda de una teología viva, o más viva que aquella que nos querían enseñar en las clases.

–Sí, me parece cierto que mi primer interlocutor he sido yo mismo. Además, creo que el magisterio o la ayuda de los demás es muy importante, pero creo que los demás no te dan las respuestas, sino los materiales con los que tú vas configurando tus propias respuestas y tu cosmovisión.

Dicho eso, y ahora con la distancia, me da la sensación de que mi primer interés fue coordinar los dos elementos

contradictorios que antes te he dicho: la seguridad de que había una verdad en mis experiencias espirituales anteriores, con una serie de preguntas que ya no venían solo por la filosofía estudiada, sino por lo que veíamos del mundo y demás. Sin ninguna duda creo que, en mi crisis por lo menos, la objeción del mal era la más fuerte: entre otras razones porque es una objeción desinteresada; y en el noviciado nos habían enseñado muchas veces que ante las dudas que parezcan favorecer tu egoísmo, ¡cuidado!, sospecha de ellas, porque puede que sean unas dudas interesadas y demás. Pero el problema del mal no era de ese tipo.

Recuerdo que entonces yo me creía seriamente y me impactaba mucho aquello de Sartre: «El hombre es una pasión de divinidad, y como Dios no existe, es una pasión inútil». También lo de Nietzsche, de la *Gaya ciencia*, la famosa parábola del loco y la idea de que, muerto Dios, no hay norte ni sur, ni este ni oeste, y que además todos los valores desaparecen y han de reconstruirse, y que todo está permitido. La frase de Dostoievski: «Si Dios no existe, todo está permitido», hoy día muchos la discuten (y me parece muy bien que se discuta, ahora te diré por qué); pero Nietzsche la aceptaba y Sartre la acepta también. Entonces surge de ahí un proyecto de intentar reconstruir valores desde la nada que, ¿cómo los vas a construir? Esto era para mí un problema serio. Luego he podido encontrar otro texto de Nietzsche, en *Zaratustra*, que lo empalmo con la idea de Ignacio Ramonet del pensamiento único. Porque Nietzsche no solo dice que hay que ir al superhombre, sino que, si no llegamos al superhombre, acabaremos siendo los últimos hombres, que es lo que a mí me da miedo que nos esté pasando hoy un poco. Y esos últimos hombres, dice Nietzsche, todos pensarán igual y dirán lo mismo. O sea,

cuando en lugar del Dios de Jesús entra el dios Dinero (que es nuestro dios actual), pues parece que llegamos al pensamiento único. Esa sensación la he ido teniendo después, no entonces, pero después bastante. Y esto en mí chocaba con otro autor que en aquellos momentos tenía mucho significado para mí, que era Camus, en concreto con *La peste*, donde aparece el médico aquel, el doctor Rieux, que no es creyente, pero que se plantea cómo ser un santo sin Dios; qué valores hay que tener para ser efectivamente un santo, aunque sea un santo sin Dios.

Esto me ha llevado a decir en otros momentos (con un mal juego de palabras) que hay una distinción entre fundamento y funcionamiento, que te la explico. Yo creo que los valores de igualdad, libertad y fraternidad tienen un único fundamento auténtico, que es Dios, y en concreto el Dios de Jesús. Sin Dios me parece inevitable que los ideales de la Revolución francesa se hayan pervertido totalmente (esto últimamente lo he repetido en varios sitios), y se convierten en una libertad contra la fraternidad y contra la igualdad. En niveles culturales esto va pesando y nos va calando. Pero esto son los fundamentos.

En cambio, en niveles personales, una persona no creyente, como le sucedía a Camus y al doctor aquel de *La peste*, puede seguir funcionando: porque hay una especie de atractivo en esos valores, aunque no se vea su fundamento. Tú y yo tuvimos ese amigo común, el catedrático palentino que murió hace poco, Paco Fernández Buey, que últimamente se quejaba: «De estas cosas ya solo puedo hablar con cristianos». Y entonces queda ahí una contradicción entre, por un lado, la realidad de muchas personas, que a nivel de funcionamiento funcionan a lo mejor más creyentemente o más cristianamente que yo mismo: gentes no creyentes, pero

enamoradas de la bondad... y, por otro lado, la verdad última del ateísmo, que es que no hay nada. En otros sitios ya he parodiado aquello de Nietzsche: «Cristianos no ha habido más que uno, y ese murió en una cruz», diciendo: «Ateo de veras no ha habido más que uno, y ese murió en un psiquiátrico». Podrá haber «ateos prácticos», indiferentes, enemigos de una determinada imagen de Dios, pero que sostengan que estas realidades que vemos que no tienen su fundamento en sí mismas, carecen absolutamente de todo fundamento... eso muy poca gente se atrevería a afirmarlo.

Dejando estas distinciones y volviendo a la historia: entonces se trataba primero de coordinar, para mí, esa especie de contradicción, a ver cómo se resolvía. Pero luego también, por lo que iba viendo con los alumnos de la universidad y demás, cómo esto podía ser comunicable. Porque la crisis no era solo mía, sino que era de otros muchos.

¿Qué más te podría decir? Bueno, además de las cosas que he citado, la crisis, de una manera o de otra, no era solamente mía: muchos de los que veníamos a estudiar teología aquí andábamos con preguntas parecidas; y, a pesar de lo floja que me parece a mí que era la teología que nos daban, yo recuerdo la época de mi teologado como una de las más bonitas y fecundas de mi vida. Porque todos juntos luchábamos, como si fuéramos el Atlético de Madrid de este año: convencidos de que podíamos, de que las cosas podían cambiar y de que nuestra crisis no era solamente personal, sino epocal. Hoy me parece que esto es claro; tan global que ya no me extraña que mucha gente haya perdido la fe. Y siento que algunos, para no perderla y rehuir esa crisis, se han refugiado en fundamentalismos más o menos conservadores, porque sí que me parece que las crisis, o se afrontan o pasan factura.

El balance final es que mientras, en Europa, el catolicismo está hoy más o menos estabilizado (sin negar también una cierta crisis debida en buena parte al mal ejemplo del Vaticano), en España las cosas están peor: el concubinato de nuestra jerarquía con el franquismo ha acabado produciendo una descristianización que ha sido, a la vez, demasiado rápida y demasiado resentida y violenta. Al lado de eso, nuestro desarrollo tardío nos ha llevado a un descubrimiento adolescente del consumo y del dinero; y hoy creo que España vive en un nivel muy bajo de desarrollo espiritual, entre el desconcierto y las adicciones, como aquellas muchedumbres que le daban lástima a Jesús, porque las veía como ovejas sin pastor; y con una Iglesia a la defensiva que no está capacitada ni para hacer creíble el Evangelio ni para salir de sí misma en busca de la oveja perdida. Hay otras realidades minoritarias distintas, pero me parece que ese ha sido el resultado final de todas aquellas crisis de nuestros años cincuenta y sesenta.

—Muchas veces hemos dialogado sobre la importancia que tiene el lugar social y eclesial desde donde el teólogo realiza su trabajo. El peligro de que la teología se elabore «desde la luna», por usar una expresión tuya de la época de mocedad, siempre nos acecha a los teólogos. Todos los que te conocemos sabemos que tu domicilio es casi «desde siempre» el Centro Borja de Sant Cugat del Vallés (Barcelona), y que vives y trabajas frente a su magnífica biblioteca. Sin embargo, tu obra teológica no parece movilizadada por curiosidades intelectuales ni preocupada por citar la ultimísima publicación teológica. Siempre guardo este recuerdo. Cuando publicaste tu antropología Proyecto de hermano, un antiguo profesor mío y entonces colega en la

Facultad me dijo: «El libro está bien, pero le faltan referencias de últimas publicaciones de autores importantes». Yo le contesté: «Tengo la impresión de que la ausencia de esas referencias no es porque las desconozca, sino que José Ignacio tiene otra manera de entender su trabajo teológico». El interés por dar cuenta de lo último para mostrar que estabas al día no ha sido nunca tu motivación. Más bien parece que tu teología está impulsada por un abrazo misericordioso con la realidad, justamente por donde más se duele, los pobres o las víctimas del sistema. San Bernardo escribió –y tú lo has recordado alguna vez– que, en teología, «la inteligencia solo puede llegar hasta donde haya llegado la experiencia». Me parece interesante conocer de primera mano las experiencias humanas que, en tu largo peregrinaje teológico desde Innsbruck, donde te doctoraste, hasta nuestros días, han hecho posible semejante relación de tu pensamiento con la realidad, resolviendo a tu modo la paradoja «academia-experiencia».

–Pues voy a empezar por esto último de la experiencia, porque tiene algo que ver con la estructura de nuestra formación jesuítica, tal como la he repensado otras veces.

Las etapas que nosotros teníamos eran, en primer lugar, un noviciado donde se intentaba ante todo darte una profunda experiencia espiritual. Con esa experiencia espiritual pasábamos al estudio de Humanidades, que nosotros llamábamos juniorado, cuyo objetivo se podría decir que era darte una auténtica pasión por el hombre, por la persona. Con esto veníamos a Filosofía, donde parece que el objetivo era una pasión por la razón. Experiencia espiritual, pasión por el hombre, pasión por la razón. De aquí íbamos todos a dos o tres años de Magisterio, que solía ser un choque brutal con la realidad, porque, además, como

éramos los jóvenes, a todo el mundo le cargaban con más clases, con más brigadas, con más vigilancias... Y luego era el momento de empezar la Teología.

Este esquema me sigue pareciendo bastante bueno, otra cosa es que funcionara... En el noviciado, muchos acababan con una buena experiencia espiritual, aunque estábamos llenos de tonterías, que si tenías que ir con la cabeza más inclinada, estar de rodillas el mayor tiempo posible, porque era más mortificado (solo después descubrí que san Ignacio dice que, en la oración, busques la postura que más te ayuda a orar, no la que más mortifica), o usar expresiones más o menos idiotas que eran más de la época. El juniorado fue francamente bien. En Filosofía, lo que recibimos fue un racionalismo, la pasión por la razón, pero un racionalismo que estaba al servicio del dogma, no para criticar el dogma. Y yo creo que tan peligroso es el racionalismo cuando se pone en contra de la fe y en contra de Dios como cuando se pone a defender la fe y a defender a Dios, porque entonces acaba dando una falsa imagen de Dios. El Magisterio para mí no fue tan duro, porque, como ya te he dicho antes, no aterricé en ningún colegio, sino que fui profesor de nuestros juniors que estudiaban latín, griego y humanidades. Y no era lo mismo que tener a unos cuantos alumnos de bachillerato en un colegio, aunque tuvo la compensación de los días que pude pasar por la universidad.

Te digo todo esto como explicación de que después de una trayectoria así era lógico que surgiera el interés por la teología. Así veníamos todos, salvo otros que, ya cansados, solo buscaban acabar y ordenarse cuanto antes.

Más interesante era la primera parte de tu pregunta, que hablaba del lugar social. Yo aquí he vivido también otra contradicción, que Dios juzgará: no sé si he sido pecador

o no he sido pecador, pero bueno; aun habiéndome quedado a vivir en este caserón, creo que toda mi generación ha estado muy marcada por un interés social gracias a un profesor de esta casa que, cuando estudiábamos Filosofía, era el que impartía Ética. Ese fue Vila Creus, que a todos nos metió una seria inquietud social y que él sabe lo que él sufriría porque en aquellos momentos era un poco oveja negra, un verso suelto, como dicen. A eso se juntó el que, con la aprobación del rector y en contra de los profesores, los domingos íbamos a dar catequesis a todas las barriadas de Tarrasa-Sabadell, donde estaba llegando toda la inmigración de aquellos años: gente que vivía en cuevas... situaciones de una pobreza aterradora. Yo estuve yendo a Torre Romeu, que es donde luego intenté incardinarme, aunque no lo conseguí del todo.

Total: he tenido siempre los escrúpulos de si debía haber residido en un entorno social de ese género o aquí en esta casa, donde tenía una biblioteca que, como has dicho tú, era un tesoro, y que te permitía además pasarte un buen tiempo buscando aquí y allá a ver qué dice este, a ver qué dice el otro, a ver *Monumenta Historica*, a ver el Migne o las obras completas de Lutero... Ahora ya no puedo hacer eso porque la falta de fondos obligó a un traslado de nuestra biblioteca al nuevo edificio de ESA-DE; ahora puedes pedir un libro y te lo sirven enseguida, pero lo que es moverte de aquí allá, pasar de una estantería a otra buscando... eso ahora ya no lo puedo hacer. Si la situación de nuestra biblioteca ahora hubiese sido la de hace cuarenta años, pues no habría tenido excusa para no ir a vivir a una barriada. No sé.

Intenté, a pesar de todo, irme a vivir a Torre Romeu, y no lo conseguí del todo. Me dio una media inculturación,

es decir, yo iba los fines de semana, y los miércoles que teníamos reunión de la comunidad. Aquella parroquia era una comunidad cristiana, con sus defectos, muy elitista desde el punto de vista creyente, pero muy comprometida y muy radical. A veces he contado que uno de los capítulos de *La Humanidad Nueva*, me parece que el capítulo 14, está escrito en la sacristía pequeña de aquella iglesia de Torre Romeu, en una pequeña máquina de escribir, con un papel de calco de los que había en la época. Cosas de ese género hay algunas.

Esto siguió marcándome, como me había marcado ya antes de venir de profesor aquí, cuando fui capellán de inmigrantes en Tubinga, mientras escribía mi tesis doctoral, y me encargué de los españoles de allí. Es mucho decir capellán, yo creo que lo que fui sobre todo es intérprete, pero bueno. Allí me brotó una cierta pregunta de si no debía quedarme toda la vida como capellán de inmigrantes y no volver a la teología. Y tengo que decir que fue precisamente una mujer, una inmigrante que andaba por Alemania en aquellos tiempos, que ya murió, pero con la que traté luego bastante, y que fue la que me dijo: «Tú vete a España y defiéndenos con tu palabra». Me acordaré de esto siempre.

Y así se fue manteniendo encendido el interés por las víctimas, a pesar de lo que he dicho de mi pecado de no haberme inculturado bien, como han hecho mis hermanos Josep Rambla y Xavier Alegre, que han vivido en Cornellá todo su periplo de profesorado teológico. Eso se prolongó cuando luego fui a México (1977), ya que en mi primera estancia en México, y otra posterior en Guadalajara con nuestros estudiantes jesuitas, vivíamos en barrios de inserción: Ajusco y Lomas de Polanco son nombres que no he olvidado.

–Tú has sido un teólogo importante en la renovación cristológica. En España, y creo que en Europa, esa renovación de la cristología católica tiene dos puntos de partida: la celebración del decimoquinto centenario del Concilio de Calcedonia (año 451) y el Concilio Vaticano II. Esto es lo que solemos decirles los profesores de teología a nuestros alumnos el primer día. La primera efemérides ofreció la oportunidad no solo de revisar la historia del Concilio de Calcedonia, sino de preguntarse además por el valor y la significación del método y la doctrina conciliares para el hombre actual. El Vaticano II, sin una cristología explícita, permitió la renovación de todos los planteamientos teológicos, porque abrió las puertas de acceso a las fuentes de la revelación y conectó con la conciencia moderna. Ambos impulsos mancomunados originaron una revisión crítica de los planteamientos tradicionales de la cristología y una floración inusitada de producción cristológica, que adquirió notable intensidad en el quinquenio 1972-1976. Teólogos tan importantes y representativos como K. Rahner, E. Schillebeeckx, Ch. Duquoc, H. Küng, W. Kasper, J. Moltmann, L. Boff, O. González de Cardedal y J. Sobrino publicaron cristologías en ese quinquenio. También tu obra *La Humanidad Nueva*, en mi opinión la clave de bóveda de todo tu pensamiento, vio entonces la luz. Con anterioridad habías realizado tu tesis doctoral sobre la cristología de Ireneo. Supongo que tuviste razones personales poderosas para estudiar cristología desde el principio que te llevaron hasta Ireneo.

–A cristología fui destinado por mandato, porque aquí hacía falta un profesor de Cristología. Es de esos casos en que la voluntad de Dios y la voluntad del hombre coinciden, con lo cual me sentí muy feliz. No recuerdo, no estoy seguro, pero cuando fui a Innsbruck a acabar la teología,

el curso del 63-64, a lo mejor entonces ya sabía que iba destinado a cristología. Pero, si no era así, ciertamente el año que estuve en Roma, en el Instituto Bíblico (65-66), entonces ya lo sabía.

¿Por qué digo esto? Pues porque antes de ponerme a escribir mi tesis doctoral pensé que necesitaba un año en el Bíblico, porque el material escriturístico que tenía era realmente muy pobre, y con eso meterse en cristología era muy serio. El año de Roma también tiene bastantes anécdotas que contar. La primera, que se sale de la cristología, es que en Roma vi más cine que en toda mi vida; y era el lugar donde estaba prohibido a los curas ir al cine. Porque es una cosa muy típica que Roma prohíbe cosas para que no las hagan los demás, pero luego encuentran la manera de hacerlas ellos de otra forma. Y recuerdo alguna sesión con Fellini, nada menos, en la que vimos *Giulietta degli spiriti*, o alguna de estas, que Fellini nos decía, asombrado: «Es que los críticos ven en mis películas cosas que yo no había visto, y resulta que están en la película». ¡Lo que es el poder, el genio del creador! No sé. Pero hay otras anécdotas más o menos divertidas.

Rector del Instituto Bíblico era el que luego fue cardenal Martini, y, aunque no lo tuve en las clases a las que yo asistía, recuerdo que un día fui a hablar con él para preguntarle cómo habría que escribir hoy un tratado de eclesiología, señal de que a mí entonces la Iglesia, la eclesiología, ya me tenía un poco preocupado.

Otra anécdota más curiosa: hice un curso con un gran exegeta al que creo que debo mucho de mis conocimientos bíblicos, que era el P. Lyonnet, que estaba dando un curso sobre textos redentores de la segunda carta a los Corintios. Me apunté porque era material cristológico, y allá estuve.

Un día fui a hablar con él, a preguntarle algunas dificultades sobre el curso, y me dice: «Mire, padre, yo soy especialista en la carta a los Romanos, no de la carta a los Corintios», lo cual me horrorizó bastante por esa superespecialización que solo te permite hablar de un centímetro cuadrado de todo un gran edificio. Pero, por otro lado, es bonito, porque eso quiere decir que el rigor científico estaba muy cultivado. Pero, claro, si te especializas tanto...

Y te cuento esto de la superespecialización, porque empalma con la última anécdota de Roma. Un día fui a hablar con Orbe, porque ya entonces yo tenía la idea de san Ireneo como tema de mi tesis (Muñoz Palacios, que lo tuvimos aquí, fue quien me descubrió a san Ireneo, y me descubrió que es un autor cuya obra es breve, y ese era uno de mis objetivos: porque meterte a hacer una tesis sobre Orígenes u otro señor que ha escrito cuarenta volúmenes... pues no sabes cuándo la acabarás). En fin, fui a ver a Orbe –el mayor especialista mundial en san Ireneo– y le expliqué que quería hacer mi tesis sobre Ireneo, por si me quería dar alguna orientación. Y me dice: «No, no, no, no, se lo desaconsejo totalmente. Sobre san Ireneo en estos momentos solo pueden hablar dos personas en el mundo»: una era Daniélou, la otra vete tú a saber quién sería... Entonces me dejó aterrado, porque pensé, bueno, alguna autoridad tendrá este señor cuando me dice esto. Y me atreví a decirle: «Bueno, ¿y qué temas me sugiere usted para mi tesis doctoral?». Y recuerdo los dos que me dijo: «Pues mire, por ejemplo el agua en los gnósticos o la teofanía de Mambré». Con lo cual me dije: «Si hago esa tesis y llego a enseñar cristología en Sant Cugat...». Le dije adiós muy buenas, y ya está.

Pero otro día, para que veas cómo estaban las cosas, fui a verle no con el asunto de san Ireneo, sino porque yo

buscaba la dirección de un cura de Barcelona, que luego ha sido mi colega Rius-Camps, que estaba en Münster haciendo la tesis (dirigida por Orbe) y parecía que lo dejaba aquel año. Yo quería solo su dirección, porque buscaba algún sitio en Alemania donde poder ganarme los garbanzos mientras escribía la tesis. Al entrar en el despacho de Orbe le dije medio en broma: «Hoy no vengo a preguntar por san Ireneo». Y me contesta: «Ah, ¡es que no lo recibiría!». Para que veas cómo era tu paisano. Pero en fin.

Otra anécdota más. Aunque yo estudiaba en el Bíblico, residía en la casa de doctorandos de la Gregoriana, y lo mismo le pasaba a otro jesuita mexicano bien conocido y que ya murió, José Porfirio Miranda (salió de la Compañía, pero eso no importa ahora). Estaba allí un poco como castigo: era socialmente muy avanzado y creaba problemas a la jerarquía y a todo semoviente acomodado. Pues recuerdo un curso sobre la multiplicación de los panes en Juan que hicimos juntos con un gran exegeta, De La Potterie, y que fue científicamente perfecto, como todo lo de De La Potterie; pero al acabar se levantó Miranda y, en un latín impecable, le dijo: «Nadie me persuadirá a mí de que se puede hablar de la multiplicación de los panes tal como usted ha explicado sin decir una sola palabra sobre el pan y el hambre en el mundo». De La Potterie se quedó medio parado y dijo: «Pues es verdad, tiene razón...». ¿Por qué recojo esta anécdota y por qué la cuento? Porque ahí se plantea el problema ese de la teología entre la universidad y la comunidad; entre la academia y la experiencia; entre la vida y la teoría. Y eso es un dilema o, mejor dicho, una doble arma que la teología tiene que llevar siempre consigo.

En cualquier caso, volviendo a san Ireneo, una de las cosas que descubrí aquí, no en las clases de Cristología,

sino en las de Patrística, era el valor de la encarnación como acto salvífico frente a la teoría satisfaccionista. En la teoría satisfaccionista solo redime el perdón, pero en la encarnación cabe mucho más, como es el valor del mundo, «las bodas de Dios con la humanidad», como decían los Padres de la Iglesia. También tenía muy claro, por lo que había visto en otros profesores, que mi tesis doctoral no la haría en Roma, porque aquello se eternizaba, y además, si ibas a hacerla sobre un milímetro cuadrado de la teología, pues luego no podías enseñar nada, por muy doctor que fueras. No quería ser de ese tipo de especialistas, peritos en lunas, como decía, me parece, Miguel Hernández. Resumiendo: encontré un sitio en Tubinga, escribí la tesis, creo que me vino muy bien la lectura de Ireneo y que evidentemente condiciona bastantes cosas de mi *Humanidad Nueva*, junto con todos los instrumentos bíblicos que yo había podido sacar del Instituto Bíblico.

Yo no puedo hablar de mi *Cristología*. Pero ahora, mirada con la distancia, personalmente creo que el *Proyecto de hermano* es mejor obra que la *Cristología*. No sé si estarán de acuerdo todos, pero a mí me lo parece, aunque ese profesor te dijera a ti que no citaba según qué autores y demás.

Sí que me parece que es mi clave de bóveda, y, de hecho, cuando me llamaron la primera vez a México, lo que me pidieron dar era una visión del hombre que derivara de mi *Cristología*. Entonces fue cuando empecé en serio con la antropología. Yo creo que *La Humanidad Nueva* ha tenido suerte, más que *Proyecto de hermano*, porque ha estado de texto durante mucho tiempo (unos veinte años), aparte de que es un poquito más breve. Además resultó oportuna porque fue muy primeriza y tenía algunas cosas rompedoras entonces. Personalmente valoro el tema de

Jesús y los marginados, que va unido al de la kénosis y la imagen de Dios que allí se revela. Valoro también la lectura de Calcedonia, de la que debo bastante a Ireneo, aunque Ireneo sea anterior a Calcedonia. Y valoro esa conclusión final de la cristología como categoría estructuradora de la realidad que da lugar a la triple visión de la realidad como absoluto, como maldición y como promesa.

–Yo leí tu capítulo sobre los pobres en unas hojas que se habían redactado primero, y leí tu síntesis final en Iglesia Viva, que se publicó antes de la Cristología.

–La *Cristología* tuvo además otra ventaja: y fue que el Vaticano II dio lugar a una floración cristológica mucho más que a una eclesiológica. Porque para la renovación de la eclesiológica hacía falta primero una renovación cristológica. Y recuerdo que ya hacia el año 87 aproximadamente publiqué un boletín largo en la revista *El Ciervo*, que se titulaba «La revolución de las cristologías». Me fue pedido expresamente, y eso significa que los directores de la revista se habían dado cuenta de toda esa floración.

–Además, en tu Cristología dialogas críticamente con Porfirio Miranda sobre la cristología del Logos.

–Sí, con su obra *El ser y el Mesías*, que es posterior y no fue tan conocida como la anterior: *Marx y la Biblia*. Luego en México hablamos con él sobre mis críticas.

–Tu pensamiento teológico tiene unas claves de articulación dinámica que lo hacen inconfundible, aunque muchos de tus lectores no sepan descifrarlas. Incluso tú mismo no has sido del todo consciente de su presencia y te has sorprendido cuando alguien ha esclarecido alguna de ellas. Recuerdo el caso de la tesis del teólogo bilbaíno Miguel Ramón Viguri,